

"EL HOMBRE Y LA SOLEDAD EN LAS TIERRAS MAGALLANICAS"

Un libro de Domingo Melfi

Ediciones Atenea. Santiago 1940.

SIN duda, hay en la estructura de este libro la esencia de una moneda, siendo su cara y cruz indisolubles: un viajero apasionado y un hombre que medita con serena hondura.

El viajero, con maestría que se oculta en un estilo llano, conducido con lengua sobria, le va comunicando a la tortuosa y fragmentaria geografía que se inicia en el Golfo de Reloncaví, su estampa más lograda.

En una síntesis, verificada con ojo certero, encarna su visión de Chiloé. Aun hay espacio en ella para "el Thrauco, brujo que se desprende de los murtales con su hachita de piedra", o para la "Fiura — su mujer — que remueve los thraiguenes y salta como una llama encarnada hacia las crillas." Pero también hay cabida para una cruz, para un flanco doloroso. Y entonces, surge el hombre que analiza y enjuicia:

"Los latifundistas — afirma — agruparon inmensas extensiones de tierras en sus manos y dejaron dentro de ellas extensiones fantásticas, sin cultivo alguno... El pueblo, famélico, entretanto desgastaba sus energías en menesteres de escaso rendimiento. A través de las tierras incultivadas desfilaban los cazadores, los hombres errantes que buscaban su alimento, piltrafas humanas que pasaban con su saquito a la espalda, se asomaban a las ensenadas o seguían el curso de los ríos para llegar a las desembocaduras, desde donde abandonaban para siempre la tierra de sus antepasados."

Pero luego se interna el viajero por el Canal de Moraleda y cae, de súbito, en la más pura esencia de su obra. Aquella naturaleza hostil y llena de complejidades, es glosada por Melfi, en hazañosas descripciones en que, por un proceso casi de cábala, parece que el paisaje se nos multiplicara:

"El agua — nos dice — es turbia, profunda, insondable.

Una emoción sucede a otra. Detrás de un canal se extiende otro, detrás de las islas aparecen otras islas. Las cadenas de cerros nos siguen o se muestran co-

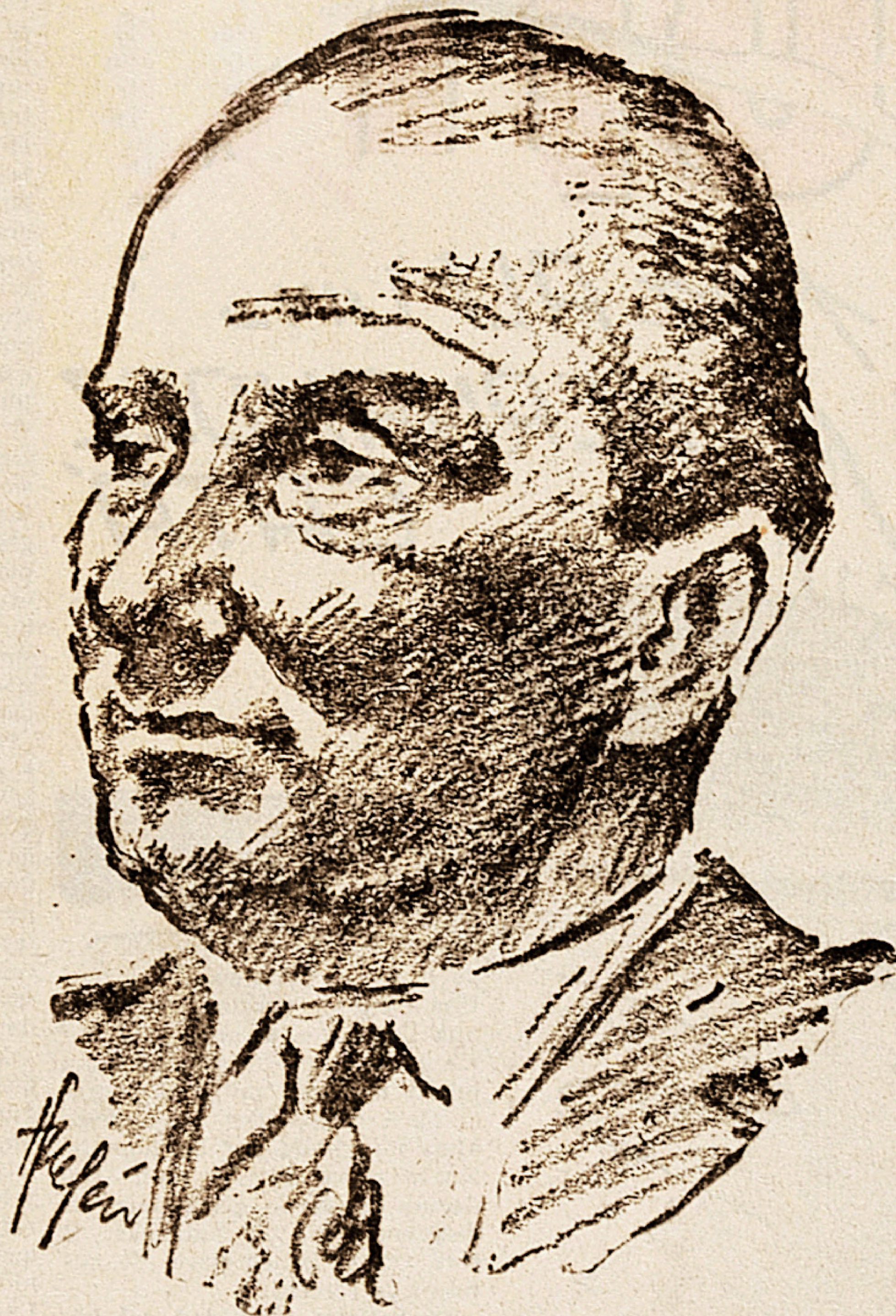
A menudo, es la soledad el ojo invisible, el lazarillo inequívoco que acompaña al autor en su copioso peregrinaje. En medio de esta soledad ejemplar, primigenia, en me-

hecha de expectación, de fiebre. Desciende desde las cumbres blancas, impregnadas de claridad o de humedad, o brota, del fondo de los matorrales de las islas. El corazón late apresurado y el espíritu dialoga, inútilmente, con este mundo deshabitado que nos estrecha entre sus riberas inmóviles y abruptas. Un mundo sin humanidad, una zona arrojada desde no sabemos qué astro desconocido, desgarrada y acribillada, hecha fragmentos, aportillada por colosales instrumentos de hierro."

En la segunda parte de la obra, el viajero casi retira su presencia para dar cabida al hombre. A un didacta que, ora se documenta en sus propias observaciones, ora en el testimonio de viandantes tan ilustres como Darwin, Ladrillero, Popper, Ruiz de Gamboa, Byron y algunos otros. Resume procesos tales, como la poderosa lucha del hombre con el medio en las oscuras tareas colonizadoras o el inusitado crecimiento de Punta Arenas. Por el hecho de estar encendidas sus meditaciones por un criterio realista y siempre ponderado, adquiere su juicio verdadera eficacia en asuntos tan cardinales como la ignominiosa crueldad de casi todos los colonizadores para con las razas autóctonas — onas y alacalufes —; la miopía del centralismo chileno para administrar las provincias australes; la inepticia del chileno como empresario en la explotación de la riqueza de dichas tierras y el egoísmo de la mayoría de los colonos enriquecidos.

En lo que concierne al morador autóctono, cita el doloroso testimonio de Gusinde.

"El indio indefenso y tímido — afirma — fué lanzado de su tierra, sobre la cual tenía los títulos legítimos desde antaño por la sola ocupación, nunca disputada. Y si el pobre lanzado huía, refugiándose, a otra parte, allá le esperaba la muerte segura por la bala de los blancos. A tan bajo nivel



Domingo Melfi

mo manadas de elefantes. Levantan sus lomos roñosos sobre los cuales la nieve resbala en largas estrias. O bien la piel se reviste como de un pelaje hirsuto y apretado: son los bosques que se agarran a las faldas, bosques de un verde oscuro o de un verde de algas, casi metálico."

dio de esta soledad sentida en función de la vida, del hombre y de lo cósmico, transcurren los capítulos de hermosura más lograda.

"La soledad es palpable tangible. Es la soledad del primer día de la vida. Una soledad espesa y taciturna, vigilante y petrificada. Está